

pués, habiendo ya hecho á la Francia tan grande, apaciguando, en vez de exasperarlos, los celos de la Europa, cambiando en un dato permanente de la política general las demarcaciones territoriales de Luneville y de Amiéns; terminando, por fin, su carrera con un acto digno de los Antoninos, y buscando sin consideración de cuna el más digno sucesor para entregarle esa Francia organizada, preparada para recibir la libertad y para siempre engrandecida: ¡qué hombre hubiera podido jamás comparársele! Pero ese genio, belicoso como César, político como Augusto, virtuoso como Marco Aurelio, hubiera sido más que un hombre, y la Providencia no envía dioses al gobierno del mundo.

Fuera de esto, aparecía en aquella época tan moderado después de haber sido tan victorioso; era legislador tan profundo después de haber sido capitán tan

esclarecido; mostraba tanto amor á las artes de la paz después de haber brillado tanto en las artes de la guerra, que bien podía fascinar á la Francia y al mundo entero. Sólo algunos de sus consejeros más íntimos y más capaces de entrever en el presente el porvenir, se mostraban tan pesarosos como admirados al ver la infatigable actividad de su mente y de su cuerpo, la energía de su voluntad y la impetuosidad de sus deseos. Temían hasta el verle hacer bien, como lo hacía, por la premura que en ello empleaba y la ambición de hacerlo inmenso. El juicioso Tronchet, que le admiraba y le era cordialmente afecto á un tiempo mismo, que le contemplaba como el salvador de la Francia, dijo, no obstante, una vez con mucha tristeza al cónsul Cambaceres: «Este joven empieza como César; mucho temo no acabe lo mismo que él.»

LIBRO DÉCIMOQUINTO

LAS SECULARIZACIONES

Felicitaciones dirigidas al primer cónsul por todos los gabinetes con motivo del consulado perpetuo.—Primeros efectos de la paz en Inglaterra. — La industria británica reclama un tratado de comercio con la Francia. — Dificultad de armonizar los intereses mercantiles de ambos países. — Folletos escritos en Londres por los emigrados contra el primer cónsul. — Restablecimiento de las relaciones amistosas con España. — Vacante del ducado de Parma, y deseo de la corte de Madrid de agregar este ducado al reino de Etruria. — Necesidad de retrasar toda resolución sobre este asunto. — Reunión definitiva del Piamonte con la Francia. — Política actual del primer cónsul con respecto á la Italia. — Relaciones excelentes con la Santa Sede. — Contestaciones momentáneas sobre una promoción de cardenales franceses. — Obtiene el primer cónsul la promoción de cinco á la vez. — Hace donativo al papa de dos bergantines de guerra, llamados el *San Pedro* y el *San Pablo*. — Contienda con el bey de Argel prontamente terminada. — Trastornos en Suiza. — Descripción de este país y su constitución. — El partido *unitario* y el partido *oligárquico*. — Viaje á París del landamán Reding. — Sus promesas al primer cónsul, desmentidas en breve por los acontecimientos. — Expulsión del landamán Reding y vuelta del partido moderado al poder. — Establecimiento de la constitución del 29 de mayo y amago de nuevas turbulencias de resultas de la debilidad del gobierno helvético. — Esfuerzos del partido oligárquico para llamar la atención de las potencias hacia la Suiza. — Atraen exclusivamente esta atención los asuntos germánicos. — Estado de la Alemania de resultas del tratado de Luneville. — Principio de las secularizaciones establecido por este tratado. — La supresión de los Estados eclesiásticos produce grandes alteraciones en la constitución germánica. — Descripción de esta constitución. — El partido protestante y el partido católico; la Prusia y el Austria; sus diversas pretensiones. — Extensión y valor de los territorios que se van á distribuir. — Pone empeño el Austria en que se indemnice á los archiduques despojados de sus Estados de Italia, y se sirve de este motivo para apoderarse de la Baviera hasta el Inn y hasta el Isar. — La Prusia, so pretexto de desquitarse de lo que perdió en el Rhin y de hacer indemnizar á la casa de Orange, aspira á crearse en la Franconia una provincia considerable. — Desesperación de las cortes de último orden amenazadas por la ambición de las principales. — Todos en Alemania dirigen sus miradas hacia el primer cónsul. — Decídese éste á intervenir para hacer ejecutar el tratado de Luneville, y para terminar un asunto que puede de un momento á otro producir una conflagración europea. — Opta por la alianza de la Prusia, y apoya con cierta mesura las pretensiones de esta potencia. — Proyecto de indemnización tratado de acuerdo con la Prusia y los príncipes secundarios de Alemania. — Comunícase este proyecto á la Rusia. — Ofrecimiento hecho á esta corte de concurrir con la Francia á una mediación en grande. — El emperador Alejandro acepta la oferta. — La Francia y la Rusia presentarán á la Dieta de Ratisbona, como potencias mediadoras, el proyecto de indemnización acordado en París. — Desesperación del Austria abandonada por todos los gabinetes, y su resolución de oponer al proyecto del primer cónsul las lentitudes de la constitución germánica. — El primer cónsul deja fallido este cálculo, y hace que la diputación extraordinaria adopte el plan propuesto mediante algunas modificaciones. — El Austria, para intimidar al partido prusiano apoyado por la Francia, hace ocupar á Passau. — Pronta resolución del primer cónsul, y su amenaza de apelar á las armas. — Intimidación general. — Continuación de la negociación. — Debates en la Dieta. — La codicia de la Prusia entorpece momentáneamente el proyecto. — El primer cónsul, para concluir de una vez, hace á la casa de Austria concesión del obispado de Aichstedt. — Cede la corte de Viena, y adopta el *conclusum* de la Dieta. — Deliberaciones de febrero de 1803 y arreglo definitivo de los negocios germánicos. — Carácter de esta célebre y difícil negociación.

La elevación del general Bonaparte al poder supremo con el título de cónsul perpetuo no sorprendió ni causó disgusto en los gabinetes europeos; la mayor parte de ellos al contrario la miraron como una nueva garantía de tranquilidad para todos los Estados. En Inglaterra, donde se observaba con inquieta atención todo cuanto en nuestro país ocurría, el primer ministro Mr. Addington se apresuró á manifestar á Mr. Otto la satisfacción del gobierno británico y su aprobación completa de un acontecimiento destinado á consolidar en Francia el orden y el poder. A pesar de que la ambición del general Bonaparte empezaba á inspirar temores, perdonábasele en atención á que en el momento actual la empleaba en dominar á la revolución francesa. La restauración de los altares, la amnistía concedida á los emigrados, agradaron sobre manera á la aristocracia inglesa y en particular al piadoso Jorge III. No fueron en Prusia menos significativas las muestras de aprobación. Esta corte, comprometida en la estimación de la diplomacia europea por haber concluído la paz con la Con-

vención Nacional, se mostraba envanecida ahora de sus relaciones con un gobierno lleno de genio, y se conceptuaba feliz al ver los negocios de Francia definitivamente en manos de un hombre cuyo auxilio esperaba ella para llevar á cabo sus ambiciosos proyectos en Alemania. Mr. de Haugwitz dirigió á nuestro embajador las más expresivas felicitaciones, y hasta se arrojó á decir que sería mucho más sencillo acabar inmediatamente y convertir en una soberanía hereditaria esa dictadura vitalicia que se acababa de conferir al primer cónsul.

El emperador Alejandro, que afectaba aparecer extraño á las precauciones de la aristocracia rusa y que seguía una correspondencia frecuente y amistosa con el jefe del gobierno francés, se expresó acerca de los últimos cambios con las frases más corteses y lisonjeras. Mandó cumplimentar al nuevo cónsul perpetuo con tanta efusión como premura. Las ideas en la esencia eran siempre las mismas; celebrábase, así en San Petersburgo como en Berlín y Londres, que quedase en Francia garantido el orden de un modo duradero con la

prolongación indefinida de la autoridad del primer cónsul, y aun parecía como que en Viena, donde más que en ninguna otra parte había dejado huella la espada del vencedor de Marengo, despuntaba ahora en su favor cierta personal benevolencia. Tan grande era el odio á la revolución en esta capital del antiguo imperio germánico, que de grado se perdonaban allí las victorias del general al magistrado enérgico y obedecido; hasta se llegaba á afectar el considerar su gobierno como enteramente contrarrevolucionario, siendo así que todavía no era más que reparador. El archiduque Carlos, que dirigía á la sazón la secretaría de la Guerra, decía á Mr. de Champagny que el primer cónsul había hecho alarde en sus campañas de ser el más grande capitán de los tiempos modernos; que con una administración de tres años había probado ser el más hábil estadista, y que juntando de este modo el mérito del gobierno al de las armas, había puesto el sello á su gloria. Aún parecerá más extraño que hallándose en Viena la célebre Carolina, reina de Nápoles, madre de la emperatriz de Austria, enemiga ardiente de la revolución y de la Francia, hiciera portador á Mr. de Champagny, al recibirle, de los parabienes más inesperados para el jefe de la república. «El general Bonaparte, díjole, es un hombre grande; yo he recibido de él mucho daño, pero el mal que me ha hecho no me impide reconocer su genio. Reprimiendo el desorden en que ustedes se hallaban, nos ha hecho un beneficio á todos, y si ha conseguido gobernar á su país ha sido por ser el más digno. Todos los días le pongo por modelo á los príncipes de la familia imperial, y los exhorto á que imiten y estudien á ese personaje extraordinario, para aprender de él cómo se dirigen las naciones y cómo se les hace soportable el yugo de la autoridad á fuerza de genio y de gloria.»

Nada en verdad debía lisonjear tanto al primer cónsul como la opinión de esta reina enemiga y vencida, tan notable por su talento como por la vehemencia de sus pasiones. El Santo Padre, que acababa de dar cima mancomunadamente con el primer cónsul á la grande obra del restablecimiento de los cultos, y que á pesar de muchas contrariedades esperaba que esta obra fuese la gloria de su reinado, se regocijaba al ver ascender gradualmente hacia el trono á un hombre á quien miraba como el más sólido apoyo de la religión contra las preocupaciones irreligiosas del siglo. Demostróle su contentamiento con afición enteramente paternal. Finalmente, tampoco permaneció muda en esta ocasión la España, á quien la política inconsecuente y frívola de un favorito había momentáneamente desviado de la Francia, y se manifestó satisfecha por un suceso que de acuerdo con los demás gabinetes miró ella como afortunado para la Europa entera.

Con aplauso, pues, del mundo todo se apoderó ese reparador de tantos males, ese autor de tantos bienes, del nuevo poder con que la nación acababa de revestirle. Los ministros extranjeros hablaban de él á los ministros franceses con todas las formas de respeto empleadas para hablar de los mismos reyes. La etiqueta era ya casi monárquica. Nuestros embajadores habían adoptado la librea verde del primer cónsul. Parecía esto sencillo, natural y necesario; había sinceridad en una adhesión tan unánime á una elevación tan súbita y prodigiosa. Mezclábanse á ella en verdad algunos secretos

temores, pero se disimulaban siempre con prudencia; posible era en efecto entrever en la elevación del primer cónsul su ambición desmedida, y en ésta la próxima humillación de la Europa; pero sólo los hombres de más penetración podían escudriñar con tanta profundidad el porvenir, y ellos eran los que mejor comprendían los inmensos beneficios ya realizados por el gobierno consular. Pero las felicitaciones son cosas pasajeras; pronto vuelven los negocios á dar á la existencia de los gobiernos, como á la de los individuos, su gravedad onerosa y continua.

En Inglaterra empezaban á hacerse sentir los primeros efectos de la paz; como sucede casi siempre en este mundo, no correspondían éstos con las esperanzas que se habían formado. Se habían mandado á nuestros puertos trescientos buques británicos á la vez, los cuales no pudieron vender sus cargamentos por entero, por llevar mercaderías prohibidas por las leyes de la revolución. Por haber abierto imprudentemente nuestros mercados el tratado de 1786 á los productos británicos, la industria francesa, especialmente la algodonera, había sucumbido en muy poco tiempo. Desde la renovación de la guerra, las medidas prohibitivas adoptadas por el gobierno revolucionario fueron un principio de vida para nuestras manufacturas, las cuales en medio de las más espantosas convulsiones políticas recobraron su actividad y llegaron á un grado notable de desarrollo. Según hemos referido, el primer cónsul en el momento de firmarse los preliminares de Londres tuvo buen cuidado de no alterar este estado de cosas por temor de que se renovasen los males que habían resultado del tratado de 1786. Habían llegado á ser, pues, muy difíciles las importaciones inglesas y quejábase de ello amargamente el comercio de la ciudad de Londres. Quedaba, no obstante, el contrabando que se hacía en desmesurada escala, ya por las fronteras de Bélgica, aún mal vigiladas, ya por la vía de Hamburgo. Los comerciantes de esta última plaza, introduciendo en el continente las mercaderías inglesas y ocultando su origen, les proporcionaban el medio de penetrar así en Francia como en todos los países sujetos á nuestro dominio, de modo que á pesar de las prohibiciones legales con que eran recibidos los productos británicos en nuestros puertos, el contrabando por sí sólo bastaba para proporcionarles amplia salida. Las fábricas de Birmingham y Manchester se hallaban en grande actividad.

Esta actividad, la baratura del pan y la suspensión anunciada del *income-tax*, eran motivos de satisfacción que neutralizaban hasta cierto punto el descontento del comercio superior. Pero este descontento era grande, por cuanto dicho comercio sacaba poca utilidad de las especulaciones basadas en el contrabando. Hallaba la mar cubierta de banderas rivales ó enemigas; veíase privado del monopolio de la navegación que le había proporcionado la guerra, y habían acabado las grandes operaciones de Hacienda de Mr. Pitt con que antes se desquitaba. Levantaba, pues, el grito ponderando lo ilusorio de la política de la paz, sus inconvenientes para la Inglaterra y sus ventajas exclusivas para la Francia. Y como el desarme de la escuadra dejaba ociosos á muchos marineros que el comercio británico en su estado presente no podía emplear, veíase á estos infelices errar por los muelles del Támesis, reducidos á veces á

la última miseria; espectáculo tan triste para los ingleses como hubiera podido serlo para los franceses el ver á los vencedores de Marengo ó de Hohenlinden mendigar el pan por las calles de París.

Mr. Addington, animado siempre de deseos conciliadores, trató de penetrar al primer cónsul de la necesidad de entrar en arreglos comerciales que satisficieran á los dos países, é indicó este medio como el más capaz de consolidar la paz. El primer cónsul, participando de los deseos de Mr. Addington, consintió en nombrar un agente, y enviarlo á Londres para investigar de acuerdo con los ministros ingleses de qué manera se podrían armonizar los intereses de ambos pueblos sin sacrificar á la industria francesa.

Pero este problema era difícil de resolver. Tan alerta estaba en Londres la opinión pública sobre todo lo concerniente á arreglos comerciales, que la llegada del agente francés dió que decir en todas partes. Llamábase éste *Coquebert*; llamáronle *Colbert*, se supuso que descendía del gran Colbert, y se alabó mucho el acierto de aquella elección para llevar á cabo un tratado de comercio.

A pesar del buen deseo y de la capacidad del agente, no había que esperar ningún resultado feliz de sus esfuerzos. Los sacrificios que por una y otra parte había que hacer eran grandes, y casi sin compensación; la elaboración del hierro y del algodón constituyen hoy día las dos industrias más productivas de Francia y de Inglaterra y son el objeto principal de su rivalidad comercial. Nosotros los franceses hemos logrado forjar el hierro é hilar y tejer el algodón en cantidad inmensa á precio ínfimo, y naturalmente estamos poco dispuestos á sacrificar estas dos industrias. La elaboración del hierro no era á la sazón muy considerable. En lo que particularmente rivalizaban las dos naciones era en los tejidos de algodón y en las obras de quincallería. Pedían los ingleses que abriésemos nuestros mercados á sus algodones y á su quincalla; y el primer cónsul, que apreciaba las alarmas de nuestros fabricantes y que tenía impaciencia de ver desarrollada en Francia la industria manufacturera, se negaba á toda concesión que pudiera perjudicar á sus intenciones patrióticas. Los ingleses por su parte no se mostraban á la sazón más propensos que hoy día á favorecer nuestros productos especiales. Los objetos que hubiéramos deseado nosotros introducir en su país eran los vinos y las sederías; pero negábanse á admitirlos por dos razones, por la obligación contraída con el Portugal de dar la preferencia á sus vinos, y por el deseo de proteger la industria de sedería, que empezaba á medrar en Inglaterra. Al paso que la prohibición de las comunicaciones había dado origen entre nosotros á las manufacturas de algodón, entre ellos había producido en cambio la fabricación de la seda. Verdad es que el crecimiento de la industria algodonera era en nuestro país inmenso, por cuanto no había obstáculo que nos impidiese el dedicarnos á ella completamente, al paso que la industria de la seda sólo prevalecía medianamente en Inglaterra, por causa del clima, y de resultas también de cierta inferioridad de gusto; no obstante, los ingleses no querían sacrificarnos ni el tratado de Methuen que los ligaba con el Portugal, ni sus nacientes sederías en que cifraban las más exageradas esperanzas.

Conciliar tan opuestos intereses era casi imposible. Propúsose establecer á la entrada de ambas naciones derechos sobre las mercancías importadas, iguales al beneficio que lograba el contrabando, de modo que fuese libre y provechoso al Tesoro público un comercio que sólo beneficiaban los defraudadores. Esta proposición alarmaba á los fabricantes ingleses y franceses. Por otra parte, convencido el primer cónsul de la necesidad de poner en juego grandes medios para obtener resultados grandes, y considerando la industria del algodón como la primera y más envidiable de todas, quería asegurarle la protección inmensa de una prohibición absoluta de los productos rivales.

Para zanjar estas dificultades, imaginó el agente francés un sistema seductor al primer aspecto, pero casi impracticable. Propuso dejar entrar en Francia los productos ingleses de toda especie, con derechos moderados con la condición de que el buque que los importaba exportase inmediatamente un valor equivalente en productos franceses. Lo mismo debía verificarse con los buques de nuestra nación que aportasen en Inglaterra. Era este el modo seguro de fomentar la industria nacional en la misma proporción que la extranjera.

Había en esta combinación otra ventaja, cual era la de despojar á los ingleses de un medio de influencia de que, merced á sus grandes capitales, hacían terrible uso en ciertos países. Consistía este medio en fiar á las naciones con las cuales traficaban, y en abrirse en ellas créditos considerables, haciéndose en cierto modo comanditarios de su comercio. Tal era la conducta que habían observado en Rusia y en Portugal, donde llegaron á poseer gran parte del capital circulante de estos dos Estados. Concediendo esos créditos, fomentaban la extracción de sus productos, y se aseguraban además la superioridad natural del que presta sobre el que pide prestado. Y era prueba suficiente del peligro de semejante superioridad la imposibilidad en que se encontraba el comercio ruso de descartarse de ellos: imposibilidad tal, que los emperadores ya no podían elegir con libertad la paz ó la guerra, so pena de morir asesinados.

La combinación propuesta que tendía á reducir el comercio inglés á límites determinados, ofrecía desgraciadamente tales dificultades de ejecución, que apenas era hacedera; pero entretanto ocupaba mucho los ánimos y hacía entrever una vaga esperanza de entenderse. Esta incompatibilidad de intereses comerciales no bastaba sin embargo á hacer renacer la guerra entre los dos pueblos, siempre que sus miras políticas pudiesen conciliarse, y sobre todo si el ministerio Addington conseguía sostenerse contra el ministerio Pitt.

Addington se consideraba como el autor de la paz, sabía que en esto conseguía su ventaja sobre Pitt, y quería conservarla á todo trance. En una larga plática con Mr. Otto, pronunció con este motivo las palabras más sensatas y amistosas. «Un tratado de comercio, dijo, sería la garantía más sólida y duradera de la paz. Mientras se logra el concierto en esta materia, son necesarias algunas concesiones del primer cónsul sobre ciertos puntos para conservar las buenas disposiciones del público inglés hacia la Francia. Ustedes han tomado realmente posesión de la Italia reuniendo el Piamonte á su territorio y confiriendo al primer cónsul la presidencia de la república italiana; sus tropas de ustedes

ocupan la Suiza; ustedes arreglan como árbitros los negocios de Alemania. Disimulamos toda esa extensión del poderío francés; abandonamos á ustedes el continente; pero hay algunos países sobre los cuales sería muy fácil concitar el espíritu del pueblo inglés, tales son la Holanda y la Turquía. Son ustedes dueños de la Holanda, consecuencia natural de su posición sobre el Rin; pero guárdense de añadir actos ostensibles á la dominación real que actualmente ejercen en aquella región. Si por ejemplo se propusieran ustedes hacer en ella lo mismo que han hecho en Italia, tratando de proporcionar al primer cónsul la presidencia de esa república, el comercio inglés lo consideraría como un modo de reunir la Holanda á la Francia, y concebiría las mayores inquietudes. Por lo tocante á la Turquía, cualquiera nueva manifestación de los proyectos que originaron la expedición de Egipto, causaría en Inglaterra una explosión universal y repentina. Suplico, pues, á ustedes no nos susciten dificultades de esta naturaleza: concluamos un arreglo puramente para nuestros asuntos comerciales; obtengamos la garantía de las potencias para la orden de Malta, á fin de que podamos nosotros evacuar la isla, y ustedes verán consolidarse la paz y desvanecerse los últimos rastros de animosidad (1).»

Estas expresiones de Mr. Addington eran sinceras, y daba de ello la prueba haciendo las mayores diligencias para alcanzar de las potencias la garantía del nuevo estado de cosas constituido en Malta por el tratado de Amiéns. Desgraciadamente Mr. de Talleyrand, por esa negligencia con que á veces miraba los negocios de mayor gravedad, omitió dar á nuestros agentes instrucciones relativamente á este objeto, dejando á los agentes ingleses solicitar aisladamente una garantía que era la condición preliminar de la evacuación de Malta. Resultaron de aquí enojosas dilaciones, y más adelante consecuencias muy tristes. Procedía, pues, Addington de buena fe en su deseo de mantener la paz. Con tal que no fuera vencido por el ascendiente de Mr. Pitt, era de esperar que la conservaría; pero Pitt fuera del gabinete era más poderoso que nunca. Mientras Dundas, Windham y Grenville habían atacado públicamente los preliminares de Londres y el tratado de Amiéns, él se había mantenido en reserva, dejando á sus amigos la parte odiosa de aquellas provocaciones declaradas de guerra, aprovechándose de su violencia, guardando un silencio imponente, conservando siempre las simpatías de la antigua mayoría que le había prestado apoyo por espacio de diez y ocho años, y concediéndosela á mister Addington hasta que creyera llegado el momento oportuno de quitársela. No se propasaba además al menor acto que pudiera tener visos de hostilidad contra el ministerio; llamaba siempre á Mr. Addington su amigo, pero era público que no tenía más que dar la señal cuando quisiera trastornar el parlamento. Odiábale el rey y deseaba su apartamiento; pero el comercio superior le era adicto, y sólo en él tenía confianza. Sus amigos, menos prudentes que él, hacían á Mr. Addington una guerra descubierta, y se les suponía órganos de su verdadero pensamiento. Agregábase á esta oposición tory, aunque sin concertarse con ella, y aun á veces

(1) Estas palabras son el fiel resumen de varias conversaciones referidas en los partes de Mr. Otto. (N. del A.)

combatiéndola, la antigua oposición whig de Fox y Sheridan. Había ésta constantemente pedido la paz; ya obtenida, obedecía á la propensión ordinaria del corazón humano, siempre inclinado á desamar lo que una vez ha poseído, y parecía no apreciar ya más aquella paz tan preconizada, dejando á los amigos exagerados de Pitt declamar á sus anchas contra la Francia. Por otra parte, la revolución francesa parecía haber perdido algunas simpatías entre los whigs, por la forma nueva y menos liberal que había tomado. Tenía, pues, Mr. Addington adversarios de dos especies: la oposición tory de los amigos de Pitt que se quejaban siempre de la paz, y la oposición whig que empezaba á fastidiarse un tanto de ella. Caso de caer este ministerio, Pitt era el único ministro posible, y con él parecía debía renacer la guerra, la guerra inevitable y encarnizada, sin más término que la ruina de una de las dos naciones.

Desgraciadamente uno de esos yerros que las oposiciones cometen á menudo por su propia impaciencia, proporcionó á Mr. Pitt, un triunfo inaudito. Aunque la oposición whig combatía ya al ministerio Addington, á una con los amigos exagerados de Mr. Pitt, aunque no de concierto con ellos, sin embargo siempre manifestó á este último un rencor implacable. Hizo Mr. Burdett una moción encaminada á promover una averiguación acerca del estado en que Mr. Pitt había dejado á la Inglaterra después de su larga administración. Los amigos de este ministro respondieron con calor, y substituyeron á esta proposición otra, que consistía en pedir al rey un homenaje de agradecimiento nacional para el grande estadista que había salvado la Constitución de Inglaterra y duplicado su poderío.

Querían éstos que se procediese inmediatamente á la votación; cejaron los opositores, y pidieron un aplazamiento de algunos días. Hizo Mr. Pitt que se le concediese con una especie de desdén. Pero volvió á suscitarse la moción pasado aquel término; entonces Mr. Pitt se empeñó en permanecer ausente, y en su ausencia, después de una de las más vehementes discusiones, fué rechazada por una inmensa mayoría la proposición de Mr. Burdett y substituída á ella una moción que contenía la expresión más lisonjera de gratitud nacional para el ministro caído. Desaparecía el ministerio Addington en medio de estos combates; Mr. Pitt medraba al compás del encono de sus enemigos, y su vuelta á los negocios era una probabilidad amenazadora contra la tranquilidad del mundo. Sin embargo, sus designios eran más supuestos que sabidos, y él no decía una sola palabra que pudiese significar paz ni guerra.

Los diarios ingleses, sin recaer en su violento lenguaje antiguo, escaseaban ya las lisonjas al primer cónsul y empezaban á declamar de nuevo contra la ambición de la Francia. Distaban aún mucho de la odiosa violencia con la cual más adelante se prostituyeron; este feo papel, doloroso es confesarlo, estaba á cargo de los emigrados franceses, á quienes la paz arrebatada toda esperanza, y que ultrajando al primer cónsul y á su patria trataban de resucitar los furores de la discordia entre dos naciones propensas á la enemistad. Cierta folletista llamada Peltier, adicto á la causa de los príncipes de Borbón, escribía contra el primer cónsul, contra su esposa y contra sus hermanas y hermanos libelos abominables en que les achacaba toda clase de vicios. Estos libelos,

recibidos por los ingleses con todo el menosprecio que una nación libre y acostumbrada á la licencia de la prensa manifiesta hacia sus excesos, producían en París un efecto enteramente distinto. Llenaban de amargura el corazón del primer cónsul, y un escritor vulgar, instrumento de las más bajas pasiones, tenía el poder de zaherir en su gloria al más grande de los hombres, como esos insectos que en el reino animal viven atormentando á los más nobles seres de la creación. ¡Felices los países acostumbrados á la libertad desde tiempos remotos! Esos viles agentes de difamación no tienen en ellos medio de hacer daño; son allí tan conocidos y tan despreciados, que ya no les queda el poder de molestar á las almas grandes.

Agregábanse á estos ultrajes las intrigas del famoso Jorge y las de los obispos de Arrás y de Saint-Pol-de-León, que estaban á la cabeza de los obispos recusantes. Había sorprendido la policía á emisarios suyos llevando folletos incendiarios á la Vendée é intentando despertar allí odios mal extinguidos. Estas causas, á pesar de ser despreciables, producían no obstante un verdadero malestar, y concluyeron con una demanda del gabinete francés embarazosa para el gabinete británico. El primer cónsul, demasiado sensible á esos ataques, más dignos de desprecio que de cólera, reclamó en virtud del bill de extradición que fuesen expulsados de Inglaterra Peltier, Jorge y los obispos de Arrás y de Saint-Pol. Mr. Addington, ante unos adversarios dispuestos á echarle en cara la menor condescendencia con la Francia, sin negarse precisamente á lo que se le pedía y á lo que las leyes inglesas autorizaban, trató de contemporar, alegando la necesidad de condescender con la opinión pública, opinión muy puntillosa en Inglaterra y dispuesta á la sazón á extraviarse bajo el influjo de las declamaciones de los partidos. El primer cónsul, acostumbrado á despreciar las exigencias de éstos, se penetró poco de estas razones, y se quejó de la flojedad del ministerio Addington con altanería casi injuriosa. Mas no por eso dejaron de ser benévolas las relaciones entre ambos gabinetes, pues así el uno como el otro trataban de impedir que se renovase una guerra terminada apenas. Cifrabá en esto Mr. Addington su existencia y su honor, y el primer cónsul veía en la continuación de la paz ocasión de adquirir por su parte nueva gloria y el cumplimiento de los más nobles proyectos de prosperidad pública.

Empezaba la España á salir de su larga miseria. Los galeones eran, lo mismo que en otro tiempo, el único recurso de su gobierno. Habíanse transportado á Europa cantidades considerables de pesos, enterradas durante la guerra en las capitanías generales de Méjico y del Perú, y su suma ascendía ya á cerca de trescientos millones de francos. Si se hubiera hallado al frente de sus destinos otro gobierno que el de un favorito incapaz é indolente, la España hubiera podido restablecer su crédito, restaurar su poder naval y ponerse en estado de figurar de una manera más gloriosa en las guerras que aún amenazaban al mundo; pero esa gran riqueza metálica de la América, disipada por las manos inhábiles en que caía, no se empleaba en los nobles usos á que hubiera debido consagrarse. Destinábase su menor parte á mantener el crédito del papel moneda; su parte más considerable á pagar los dispendios de la corte. Nada ó

casi nada se destinaba á los arsenales del Ferrol, de Cádiz y de Cartagena. No sabía hacer más la España que dolerse de la alianza francesa é imputarle la pérdida de la Trinidad, como si fuera la Francia responsable del triste papel que el príncipe de la Paz había hecho representar, así en la guerra como en las negociaciones. Las alianzas sólo son provechosas cuando se acorre á los aliados con una fuerza positiva que ellos aprecian y que tienen obligación de cuidar mucho; pero la España, cuando hacía causa común con la Francia, impulsada á la guerra marítima por la evidencia de sus intereses, no sabía sostenerla una vez empeñada en ella; venía á ser tan embarazosa como útil para sus aliados, y se arrastraba en su seguimiento siempre descontenta de sí propia y de los demás. Por esta razón pasó gradualmente desde la intimidad á una hostilidad declarada con respecto á la Francia. La división francesa enviada á Portugal había sido indignamente tratada, como ya hemos visto, siendo menester un amago fulminante del primer cónsul para parar las consecuencias de su insensata conducta. Desde aquella época mejoraron un tanto las relaciones. Existían entre las dos potencias, además de los intereses generales que eran comunes hacia un siglo, intereses momentáneos en que tomaba gran parte el corazón del rey y de la reina de España y que de suyo tendían á unirlos con el primer cónsul. Eran estos intereses resultado de la creación del reino de Etruria.

Quejábase la corte de Madrid de las ínfulas que tomaba en Florencia el general Clarke, ministro de Francia. Había el primer cónsul hecho justicia á dichas quejas, y mandado al general que aconsejase menos y con más dulzura á los jóvenes infantes llamados á reinar. Por condescendencia con la corte de España, había dejado morir en el pleno goce del gran ducado de Parma al anciano gran duque, hermano de la reina Luisa; pero muerto este príncipe, su ducado pertenecía á la Francia en virtud del tratado que constituía el reino de Etruria. Carlos IV y la reina su esposa le codiciaban mucho para sus hijos, por cuanto este aumento de territorio hubiera hecho del reino de Etruria el segundo Estado de Italia. No quería oponer una negativa absoluta el primer cónsul al deseo de la familia real de España, pero pedía treguas para no dar motivo de celos á las potencias de primer orden con un nuevo acto de omnipotencia. Conservando este ducado en depósito, dejaba á los gabinetes que protegían á la antigua dinastía del Piamonte la esperanza de una indemnización para esta dinastía desgraciada; dejaba entrever al papa cierto alivio en su condición presente, penosa en verdad desde la pérdida de las Legaciones; y finalmente, dejaba descansar un momento los negocios de Italia, tan traqueados á vista de la Europa en los últimos años. Las nuevas transacciones acerca de Parma, aunque diferidas, acercaron en breve á los dos gabinetes de París y de Madrid. Acababa Carlos IV de trasladarse pomposamente á Barcelona con su esposa y su corte para celebrar allí dos enlaces, el del heredero presunto de la corona de España, después Fernando VII, con una princesa de Nápoles, y el del heredero de la corona de Nápoles con una infanta de España. Con este motivo desplegó la capital de Cataluña un lujo extraordinario y desmesurado, atendido el estado de la hacienda española. Entablóse desde allí un cambio mutuo de agasa-